

© Mauricio Vanegas Gil

© El atlas de la memoria



72 de páginas. 16.5x23.5 cm. (2022)

ISBN impreso: 978-628-95019-2-6

Queda hecho el depósito que ordena la ley
(Ley 44 de 1993/Decreto 460 de 1995)

Primera edición

Medellín, noviembre de 2022

Edición: Luis Gabriel Restrepo-Rubelpo

Diseño de cubierta: Lorena Moreno Díaz

Fotografías: Jesús Abad Colorado y Elmer Arrieta Herrera

Portada: Efraín Ferrer de la Torre

Diagramación: Editores Publicidad

editorespublicidad2@gmail.com

Medellín - Antioquia

Correo electrónico: tallerliterarioalsur@gmail.com

Esta iniciativa fue posible gracias al apoyo del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia (ICPA), desde su Programa *Estímulos* en la Convocatoria 2022, en la categoría *Novela-Mamotreto* y al apoyo de la Fundación Universitaria Claretiana-Uniclaretiana. El contenido de la obra se puede reproducir siempre y cuando se cite la fuente; corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional ni genera compromiso frente a terceros. El autor es garante del respeto a los derechos y del material contenido en esta publicación (fotografías, ilustraciones, etc.), razón por la cual otros participantes en la construcción del libro no pueden asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

PRÓLOGO

“Pertenezco a una era fugitiva, mundo que se deshace ante mis ojos”

José Emilio Pacheco

Sólo en primera persona se puede nombrar el dolor de una forma verosímil. Sólo plantando el pecho frente al párrafo se puede, eventualmente, trasladar al renglón lo que se vive. Luego, está la ficción, que es otra cosa, y que, paradójicamente, no riñe -si la pluma es diestra y sólida- con la verosimilitud.

En la novela, como en la canción o en la poesía, todo está dicho y todo reiterado. No existen ya territorios vírgenes y toda pretensión de originalidad suele ser consecuencia de candidez extrema, o de ignorancia supina. Lo máximo a lo que un creador puede aspirar es a un tono y a un modo; a una forma propia de decir lo que otros ya dijeron en la suya.

Mauricio Vanegas pone el pecho y escribe. Y es esa valentía la cuota imprescindible para que quienes asistimos a su relato veamos emerger dolor y gente, ciudad y sentimiento, parque y latido. Quienes, además, compartimos con él el dudoso privilegio de haber vivido algunos de los años más violentos del pasado reciente de Colombia, contamos con una cuota adicional de comprensión y con un aliciente más para treparnos a la historia de Gustavo como si de la nuestra se tratara.

Deben saber quienes lean EL ATLAS DE LA MEMORIA y desconozcan la reciente historia del país más al norte de Suramérica, que, en la parte final del siglo XX, Colombia consolidó en forma de violencia desatada la grieta que comenzó a abrirse en la década de los cincuenta con la migración campesina a las ciudades. Al final de los años noventa, quienes habitábamos las urbes colombianas, nos relacionábamos directa e inevitablemente con el campo, pero lo hacíamos de una forma desgarradora: o habíamos nacido en un pueblo y experimentado allí los dolores de la violencia o teníamos familiares que habían huido de las balas en el campo o asistíamos a la violencia urbana, ejercida en gran parte, por

los hijos huérfanos que la violencia rural había escupido en las laderas de la ciudad. Dolor de pueblo y dolor de ciudad fueron y siguen siendo dolores cercanos a quienes nacimos o crecimos en Colombia en la parte final del siglo de las bombas.

Por eso mismo, porque Mauricio Vanegas pinta un mundo ficcional que nos resulta irrevocablemente cercano, es que la travesía de Tavo y Santiago, su reencuentro, las rememoraciones surgidas de él, y el regreso a los dolores que esa intersección nos arroja a la cara, terminan siendo travesías, reencuentros, recuerdos y dolores que sentimos nuestros, de una forma inevitable. ¿Puede esperarse algo más gratificante que el poder de convertir la voz propia en la voz de muchos?

Pala
12 de septiembre de 2022

EL INSTANTE

Jorge Luis Borges

*¿Dónde estarán los siglos, dónde el sueño
de espadas que los tártaros soñaron,
dónde los fuertes muros que allanaron,
dónde el Árbol de Adán y el otro Leño?
El presente está solo. La memoria
erige el tiempo. Sucesión y engaño
es la rutina del reloj. El año
no es menos vano que la vana historia.
Entre el alba y la noche hay un abismo
de agonías, de luces, de cuidados;
el rostro que se mira en los gastados
espejos de la noche no es el mismo.
El hoy fugaz es tenue y es eterno;
otro Cielo no esperes, ni otro Infierno.*



**A mi maestro
Gustavo Aguilar**



El avistamiento

Noche del 27 de julio

Para evitar el afán de la acostumbrada congestión vehicular de la noche prefiero tomar una ruta alterna para llegar a casa. Deambular por el Área Metropolitana en hora pico es soportar la presión de un hogar a la espera. Tras sortear un *rompoy* me encuentro en una pausa poco frecuentada; *rompoy* o *romboy* es un término desdibujado del extranjerismo *round point* que, de a poco, se va camuflando en la naturaleza de este lenguaje de periferias; yo optaría por el francés *glorieta*; me suena más castizo incluso que *rotonda*, en italiano. Inmerso en esta reflexión sobre extranjerismos veo que un sujeto asoma la cara por la ventanilla derecha del auto. Había visto ya su figura desaliñada cuando me detuve en el semáforo en rojo a escasas cuadras de mi casa. Contrario a la sensación de inseguridad que remite la escena en casos de atraco, yo estoy tranquilo y escucho entre dientes una frase que evidencia agotamiento y ensayo: «señor, llevo chicles, dulces y dulcecitos».

El corto silencio es interrumpido por el auto de atrás en el mismo instante en que la luz verde hace su aparición. El hombre petrificado en la ventanilla no insiste. Se queda pensativo. No le digo una sola palabra, pero le sostengo la mirada de manera curiosa. Su rostro, estrujado por el tiempo, la adversidad y su incipiente calvicie, habla de un pasado remoto; su voz conserva un timbre de expresión tentada al chiste. ¡Es él! Pero ¿quién es él? Sé que lo conozco. Libero el coche del freno de emergencia y presiono el acelerador conforme suelto el *clutch*. Mientras avanzo sin prisa me pierdo en su mirada melancólica que parece esculcar algún recuerdo. Lo contemplo detenido en la calle y en la memoria. Mi vehículo transita lento y es adelantado por el coche del pito ruidoso que, por poco, atropella al vendedor informal. «Tavo», alcanzo a escuchar, mientras su sonrisa se fija al espejo retrovisor junto con la silueta de una mano empuñada y un pulgar extendido.

Un caudal de recuerdos orbita por encima de mi cabeza. ¿Me detengo? Sigo de largo en dirección a casa con el deseo de dar marcha atrás para saludarlo como lo merece, pero la importancia de ir al baño y de sacar a mi perro a hacer sus necesidades pesan más que las reminiscencias. Una extraña sensación, mezcla entre alegría y nostalgia, se apodera de mí. Siento que, de golpe, he recuperado un montón de años perdidos. Una presencia del pasado me asedia en mi rutina de regreso. ¡Es Santiago, un gran amigo de la época del colegio!

A Santiago lo conocí cuando cursábamos el grado sexto en el viejo colegio del pueblo. Recuerdo que la institución educativa era el punto de convergencia entre la Escuela de niños San Pablo y la Escuela de señoritas La Aurora. Sexto era entonces el prólogo de una adolescencia masculina que cuestionaba la timidez sometida a la mirada de una institución mixta. Ser los más pequeños del bachillerato contrastaba con haber sido los más grandes de la escuela. Allí nos encontrábamos con los mismos camaradas y con la compañía intimidante de las niñas que también llegaban tejidas por una amistad precedente. De los dos grupos de grado sexto me correspondió el B. Todos los rostros masculinos me eran familiares; los femeninos, nuevos y estimulantes.

Llamaba la atención la cara de Santiago, pues no venía de San Pablo sino de una escuela rural. A diario caminaba dos horas para llegar al colegio. Pese a eso, se esforzaba en mantener una buena presentación personal: cabello abundante, medias gruesas y chanclas de moda, sin importar que la moda fuera las chanclas sin medias. Para entonces, el uso particular de su calzado me llamó la atención. Se sentaba a mi lado en las primeras filas, tan cerca al tablero verde que lucíamos pintarrajeados de polvo de tiza. Una mañana de principio de año nos correspondía conjugar el verbo *to be* en pasado simple y, al mirar al piso improvisando mis vacíos en lengua internacional, vi los pies de mi compañerito. ¡Cómo no lo había notado antes! ¡Qué moda tan rara, incluso para el ambiente bucólico de un pueblo!

Las evocaciones se encargan de remover la estratigrafía sobre la que quedaron sepultados mis primeros abriles en la academia. Son tantos recuerdos que intenté evadir con los años de academia, que rara vez me permito establecer un comparativo entre mi juventud y mi labor

cotidiana. Es como si algo de mí se negara a volver al pueblo remoto del que salí desplazado con mi familia, a raíz de la violencia. Todo recommenzó en la ciudad, pero, ¿qué fue del grupo de compañeros que vi por última vez reunidos en una mañana de agitación y angustia, justo un par de meses antes de la graduación que no llegó? Encontrar a Santiago es la revelación de un fósil, una introspección necesaria que estaba sometida a un olvido deliberado.

Tras llegar a casa, con la noche atiborrada de recuerdos, resuelvo la visita al baño y salgo a caminar con mi perro, decidido a regresar al lugar donde acabo de ver a mi antiguo compañero. Ha pasado no más de media hora desde entonces; recorro a pie y en silencio las cuatro cuadas. ¿De qué hablarle después de dos décadas sin un solo saludo ni una llamada? Llego al cruce de camino donde hice la estación obligada por la luz roja, pero Santiago no está. Es muy tarde, acaso lo suficiente para que se haya marchado. Tengo que esperar; de seguro habrá una nueva oportunidad. ¿Qué te pasó, Santi? ¿Qué te hizo la vida para terminar vendiendo dulces en un semáforo? Tantas preguntas, tantos días... Por ahora, no tengo con quién desenredar mis interrogantes.

Recuerdos atrás...

«¡Ey!, ¿ya vieron las medias del que se sienta a mi lado?», les pregunté a Mario y a Julio, medio en susurro, cuando empezaba el descanso de la mañana y un desfile de estudiantes salía de la clase de inglés. Mis dos interlocutores no disimularon mucho al burlarse a carcajadas, tras la salida del compañero de las chanclas, quien se percató de los comentarios y reaccionó con una sarta de improperios. La escena escolar generó tres efectos inmediatos: el rubor en aumento en el rostro del chico nuevo, la sorpresa de la profesora Lucía por las expresiones de un niño de sexto y la risotada explosiva del grupito de la fila de adelante.

En verdad, la relación con Santiago empezó mal. En sexto grado solo llegué a identificarlo para reírme de él; sin embargo, quién iba a creerlo, más adelante se convertiría en mi mejor amigo. Aunque era muy solitario y rara vez comía algo, participaba en clase con propiedad, me miraba con recelo y reaccionaba con decisión a las burlas tendenciosas. Sé que

muchas vivencias de esa relación tensa y distante, en el primer año de bienvenida al colegio, se perdieron en los laberintos sepultados por la arena de la memoria.

Noche del 27 de julio

Durante las horas que siguen al encuentro casual el amigo perdido de la adolescencia y la frustración por una búsqueda fallida, mi memoria selectiva empieza a revelar fragmentos, sorbos de una historia estancada en los albores de un pueblo que vi también por última vez, desde la ventana opaca del carro familiar. Como en una pantalla de alta definición me veo con papá, mamá y mi hermana pequeña, abandonando de manera lapidaria e inexplicable la casa grande del abuelo, por las calles inclinadas, de un gris polvoriento. Esta imagen permanece congelada en alguna fotografía de aquellos años felices alejados de la gran ciudad. De pronto, revivo esa mañana fatal de hace dos décadas cuando anulé por completo un paisaje repleto de recuerdos en los que cabía el puñado de amigos de grado once del Colegio Mixto San Luis. ¿Por qué nunca volví? Quizás caí en el juego de silencios que trazaron mis padres después del desplazamiento. Fueron tantas historias que se quedaron abiertas, tantos besos que no di, tantos abrazos en deuda.

La noche del 27 de julio hace parte de un halo de tristeza significativa para mí. Pese al arrume de exámenes para revisar, encima de mi escritorio, no puedo concentrarme. La comida está más fría que de costumbre y la frustración me abraza. Algo en mí se siente responsable del destino oscuro de mi compañero de juegos de antaño. La verdadera partida de ajedrez ha sido contra el tiempo y, ahora, una derrota se asoma en este punto fijo en que me descubro distraído en silencio, masticando, una y otra vez, el mismo trozo de carne.

Avanza la noche. El perro duerme. Decido buscar, sin saber qué, en los apuntes más viejos de mis cuadernos guardados. Encuentro uno que otro poema con mala ortografía, la ansiedad de los primeros días de la universidad, el nombre de las chicas por conocer en el grupo de investigación, dibujos que disimulan el sueño en clase de lingüística y mis proyectos de cuento, traspasados por intermitencias y lugares comunes.

En una agenda de un año lejano a mi conciencia del tiempo encuentro lo que busco: una foto desenfocada en la que se ven más escalas que personas. Sí. Son las graderías donde me sentaba en los descansos del colegio Mixto San Luis. Ahí están sus rostros. Se me hace muy difícil identificarlos a todos. Hay copetes que eclipsan la mirada de las niñas. Yo aparezco en pose; sabía que el lente inexperto de mi mamá me entregaría la escena como imagen. El acné cubre gran parte de mi cara. Al extremo izquierdo, en el último lugar de una fila de doce personas del grado once, está Santiago con su cabello abundante. También están Julio, Mario e incluso Cami. Aparte de Camilo, ¿cuántos de esos doce habrán muerto? ¿Cómo seguir habitando el mundo con una rutina de semáforos y exámenes sin hallar una respuesta?

Para acceder al contenido de este libro, comuníquese directamente con su autor
Mauricio Vanegas Gil.

Correo electrónico: mauroimaginario@gmail.com

Contacto celular: 3017193270

También se le brindará información oportuna desde Editorial Uniclaretiana:
editorial@uniclaretiana.edu.co